



CLIO

Revista Cuatrimestre de la Academia Dominicana de la Historia

EDICION A CARGO DE LA COMISION DE PUBLICACIONES

ACOGIDA A LA FRANQUICIA POSTAL Y TELEGRAFICA .

Año XX

Ciudad Trujillo, República Dominicana, Septiembre-Diciembre de 1952

Núm. 94

Centenario de Don José Toribio Medina (1852 - 1930)

HOMENAJE DE LA REPUBLICA DOMINICANA AL SABIO HISTORIADOR Y BIBLIOGRAFO,
GLORIA DE CHILE Y DE AMERICA

DECRETO DEL PODER EJECUTIVO

HECTOR B. TRUJILLO MOLINA,
Presidente de la República Dominicana.

NUMERO 8495.

CONSIDERANDO: Que del 12 al 22 de octubre del año en curso, será celebrado el Centenario del nacimiento de José Toribio Medina, quien no sólo fué una eminente figura de las letras americanas, sino también uno de los historiadores que mayores servicios han prestado al esclarecimiento y difusión de la Historia de América, sobre todo de la relativa al descubrimiento, conquista y colonización del Nuevo Mundo;

CONSIDERANDO: Que una parte importante de la obra del ilustre bibliógrafo se refiere a la República Dominicana y puede reputarse como una contribución valiosa al estudio del origen y desenvolvimiento de nuestra cultura de procedencia esencialmente española;

En ejercicio de la atribución que me confiere el artículo 49, inciso 3º de la Constitución de la República, dicto el siguiente

DECRETO :

UNICO.— Se encarga a la Secretaría de Estado de Educación y Bellas Artes y a la Universidad de Santo Domingo para que con la cooperación de la

Academia Dominicana de la Historia y de las demás instituciones culturales del país, organicen actos con los cuales el pueblo y el gobierno dominicanos se asocien al Centenario del nacimiento del historiador chileno José Toribio Medina.

DADO en Ciudad Trujillo, Distrito de Santo Domingo, Capital de la República Dominicana, a los treintidós días del mes de agosto del año mil novecientos cincuenta y dos, años 109º de la Independencia, 90º de la Restauración y 23º de la Era de Trujillo.

HECTOR B. TRUJILLO MOLINA.

Gaceta Oficial, Año LXXIII, Núm. 7465, Ciudad Trujillo, 3 de Septiembre de 1952, pág. 13.

RETRATO DE MEDINA EN LA ACADEMIA

El 20 de octubre tuvo efecto la entrega de un retrato del esclarecido bibliógrafo e historiador chileno José Toribio Medina donado a la Academia Dominicana de la Historia por el Departamento de Educación y Bellas Artes de la República. Concurrieron a este solemne acto el Secretario de Estado en esos ramos doctor Joaquín Balaguer; los Subsecretarios doctor José M. Ramos, Miguel A. Jiménez y Pedro Pablo Villanueva; el Director General de Bellas Artes señor Aris Azar; el Director de la Oficina de Canje y Difusión Cultural Prof. Manuel E. Suncar Chevalier



y otros funcionarios del Departamento. Junto a los miembros de la Academia ocupó sitio de honor el Encargado de Negocios de la República de Chile, señor Humberto Brañes Torres. Exornaban el salón de la Academia las banderas dominicana y chilena.

El doctor Balaguer pronunció el elocuente discurso que publicamos en otro lugar de esta edición. El Presidente de la Academia, con expresivas palabras, dió las gracias al Departamento de Educación y al Gobierno por ese valioso donativo que le había hecho a la Academia y que sería el primero de los de la galería de historiadores que esta corporación se proponía organizar.

El retrato de José Toribio Medina, gloria de su patria y del Continente y cuya justa fama se extendió por todo el mundo es un magnífico óleo del renombrado pintor dominicano Yoryi Morel.

Al acto de entrega del retrato concurrieron muchas personas, entre las cuales sobresalía un apreciable núcleo de individuos pertenecientes a nuestros medios culturales.

DISCURSO DEL SECRETARIO BALAGUER AL ENTREGAR EL RETRATO DE MEDINA

“Señor Presidente de la Academia de la Historia:

La Secretaría de Estado de Educación y Bellas Artes, haciéndose intérprete de los sentimientos que inspiran la política panamericanista del Generalísimo Dr. Rafael Leonidas Trujillo Molina, tiene el honor de hacer entrega a esta doctísima institución, de un retrato al óleo de José Toribio Medina, ilustre prócer de la historiografía americana.

Aunque Chile, cuna del gran bibliógrafo, es el principal escenario de las proezas literarias de José Toribio Medina, no hay un solo país del hemisferio occidental que no le deba alguna cotribución definitiva para el esclarecimiento de sus orígenes o para la reivindicación o el rescate de algunas de sus glorias pasadas. Si hay un americanista que haya practicado y sentido en toda su intensidad la doctrina de un hemisferio solidario, poderosamente unido por intereses espirituales antes que por lazos de solidaridad política o por vínculos de raza, es el autor de ese monumento de erudición que se llama “La Biblioteca Hispanoamericana”.

Muchos escritores de América superan sin duda a José Toribio Medina en la extensión y solidez de la cultura, aspecto en que resulta evidentemente inferior a un Andrés Bello; en la originalidad y en la grandeza de la inspiración creadora, punto en que lo oscurecen un José Martí o un Domingo Sarmien-

to; en la morbidez de las formas y en la gracia del estilo, dominio en que abrió Montalvo, sin comparación posible, las alas de su genio, y en que muchos escritores americanos contemporáneos o posteriores al gran historiador chileno, han mantenido sin disputa el centro de su soberanía literaria. Pero aunque no haya sido un escritor de poderoso genio inventivo ni un estilista capaz de trabajar la frase como un objeto de arte, José Toribio Medina no puede incluirse entre el número de los historiadores que se concretan a recopilar documentos o que reducen su obra a una simple reconstrucción de lo pasado. Si el investigador chileno no pertenece a la raza de los grandes historiadores, de la que tiene en la historia moderna representantes como Gibbon, el historiador del imperio romano, y como Guizot, tal vez el autor de los libros más bellos que se han compuesto para describir la evolución de la humanidad a través de la inmensa noche de los tiempos feudales, tampoco sería justo incluirlo en la clase de los desvalijadores de archivos, incapaces de escribir con pluma propia, y de soplar con viento épico sobre el polvo de los siglos para infundir vida nueva a las generaciones desenterradas.

Lo que resulta admirable —prosiguió— en la labor de José Toribio Medina no son sólo sus proporciones verdaderamente gigantescas, inconcebibles en una obra que no parece realizada por un solo escritor sino por toda una legión de trabajadores de la pluma, así como las catedrales de la Edad Media, no obstante su prodigiosa unidad arquitectónica, no eran fruto de un solo artista sino la obra muchas veces de varias generaciones; lo que asombra en esa labor no es sólo su tamaño, sino sobre todo la variedad de las materias que abarca y la plenitud con que cada uno de los asuntos que enfocó el historiador fué analizado y resuelto en forma casi siempre definitiva. Nada tocó el historiador chileno que haya quedado inconcluso, o que la investigación histórica pueda enriquecer todavía con aportaciones fundamentales. Asuntos como los relativos a la historia de la inquisición o a las vicisitudes de la imprenta en América, pueden ser aún objeto de ampliaciones en puntos determinados o en aspectos parciales; pero nadie puede abordar de nuevo esos temas sin recurrir a lo que trazó Medina de mano maestra cuando todavía ningún historiador había explorado ese terreno que permanecía virgen tanto para la erudición americana como para la extranjera. Cuando se piensa que la obra de Berntain de Souza, la “Biblioteca Hispanoamericana Septentrional”, exigió a su autor veinte años de investigaciones en archivos americanos y europeos, se puede medir el alcance de la labor de Medina que no se limitó a componer, como el erudito mexicano, una sola



obra, aunque de proporciones considerables, sino que después de reunir los materiales para su inmensa recopilación bibliográfica, una de las más completas obras de su género que existen en cualquier literatura del mundo, halló todavía tiempo para escribir sobre otras materias históricas de primer orden y para componer algunas monografías relativas a la época colonial que se pueden sin exageración graduar de magistrales.

Para historiadores como Medina, consagrados al estudio de tiempos oscuros y de culturas incipientes y todavía inciertas, y de pueblos en formación que aún carecen de archivos organizados, conservan su vigencia las palabras de Helvecio que se lamentaba de que Montesquieu malgastara su ingenio escribiendo la historia de siglos bárbaros en vez de dedicarse al estudio de las grandes épocas que marcan el esplendor de la civilización humana. Pero el mérito del historiador chileno, como de todos los que como él trabajan con materiales oscurísimos para establecer las bases de una cultura o los orígenes de una civilización, consiste precisamente en la dificultad de la empresa que realizan y en la misma oscuridad de los recursos de que tienen que valerse para cumplir su misión de iniciadores de la historia.

La curiosidad intelectual de Medina, su inagotable sed de noticias y su laboriosidad sin medida para reunir datos obtenidos en toda clase de archivos y de fuentes bibliográficas, son sólo comparables con las de Gonzalo Fernández de Oviedo, el formidable historiador de la conquista, superior a todos sus émulo por la riqueza de su imaginación, por la abundancia de sus informaciones y por el arte prodigioso con que enlazó los asuntos más disímiles y las materias más peregrinas en una obra vastísima para el tiempo y verdaderamente extraordinaria como eco de la epopeya del descubrimiento y la colonización del Nuevo Mundo. El autor de la "Historia Natural de las Indias" no omite ningún detalle, no deja fuera del orbe extensísimo de sus investigaciones ningún suceso, por peregrino que sea, y parece que ansía abarcar en la embrumada masa de sus escritos cuanto acontecimiento se registra en América durante la época a que su obra monumental se refiere. Algo semejante ocurre con José Toribio Medina. Su erudición histórica es tan vasta, su constancia en el trabajo tan obstinada, su avidez de expurgador de toda clase de documentos tan incansable y tan activa, su amor a América y a sus tesoros históricos y arqueológicos tan ardiente y fervoroso, que toda su obra parece obedecer a un pensamiento único: el de reunir en un libro múltiple, tan vario y tan rico como la propia naturaleza del continente, todo lo que de un modo u otro se relacionara con la acción cultural de España

en el mundo incorporado por ella a la civilización cristiana.

Esa peculiaridad de la obra del historiador chileno es la que con más vigor la realza, no sólo desde el punto de vista humano sino también desde el punto de vista literario. Si por una parte, es esa precisamente la cualidad que en ella nos seduce con más fuerza y la que halla vibración más honda y duradera en nuestra sensibilidad americana, por otra parte es también esa la característica que la hace más apreciable como obra de investigación histórica destinada a describir a grandes rasgos la evolución de la cultura española en el continente colombino.

Todavía resulta más singular esa actitud de Medina, si se piensa que el historiador chileno fué uno de los primeros escritores que orientaron en sentido autóctono la evolución de nuestra cultura y de nuestro pensamiento. En la época en que él empezó a revolver los archivos del mundo para componer la historia de América y para descubrir las fuentes naturales de nuestro espíritu estaba aún de moda la elaboración de la obra literaria con reminiscencias clásicas y con productos de importación extranjera. Eran aquellos los días en que el cisne, evocado por la imaginación de los poetas del modernismo, que aspiraban a ser ciudadanos de Lutecia antes que hijos del trópico, dominaba todas las imaginaciones con su nivea blancura y con su cuello arqueado como el de una góndola de plata, Medina reaccionó contra esa manía exótica y opuso a la flor de lis sus rudas formas indígenas y su honda emoción de trabajador americano.

La obra de Medina parece, pues, el fruto de una voluntad sobrehumana. No todo en su vasta labor de investigación puede considerarse como realización del primer orden ni como obra definitiva. Pero el bibliógrafo chileno abrió el camino para que otros investigadores se lanzaran luego a la conquista de los inmensos territorios que él dejó abiertos para la exploración histórica y para la curiosidad literaria. Ese es siempre el papel de los grandes conquistadores: abrir derroteros, señalar caminos a la civilización, extender los horizontes de la cultura humana. Y eso fué Medina: un conquistador de la historia de América, un héroe que realizó con la pluma hazañas comparables a las que otros consumaron sobre las tierras intactas del continente, con la quilla del descubridor y con la cruz del misionero. Si algún parecido tiene el bibliógrafo chileno con alguno de los titanes que desbrozaron, vestidos de hierro, las selvas de la América todavía virgen, no es con Cortés ni con Pizarro, sojuzgadores de imperios, Hércules de raza española, sino con Vasco Núñez de Balboa, descubridor del Océano, es decir, abridor de rutas, heraldo de nuevos



camino, ensanchador de las comunicaciones del planeta. El océano es efectivamente lo que mejor idea ofrece a la obra de José Toribio Medina: las páginas de esa obra, como las olas del mar, rodean de un extremo a otro el continente y llevan a todas las latitudes de América su mensaje caudaloso; de las manos del eminente historiador salieron, en sucesión casi incontable, tantos volúmenes como tierras y como islas ciñen el mar con sus espumas; y del pensamiento que predomina en las investigaciones del bibliógrafo surge íntegra la idea de la unidad americana, de la similitud de destino de los pueblos que forman el hemisferio occidental, como de la inmensidad de los océanos que nos acercan por medio de sus innumerables caminos abiertos a todos los hombres y a todas las navegaciones, nace el sentimiento de la aproximación de nuestras patrias que han nacido para vivir libres y para realizar por primera vez en el mundo, con plenitud absoluta, el principio cristiano de la convivencia pacífica y de la solidaridad humana".

LA UNIVERSIDAD DE SANTO DOMINGO Y EL CENTENARIO DE MEDINA

La tarde del 21 de octubre se celebró en el Paraninfo de la Universidad un Solemne acto conmemorativo del nacimiento del ilustre bibliógrafo e historiador chileno José Toribio Medina, en su primer centenario, bajo la presidencia de su Rector, el Lic. Rafael F. Bonnelly, con asistencia del profesorado y gran número de alumnos de nuestro primer centro docente.

Como invitados de honor estuvieron presentes en ese edificante acto el Secretario de Estado de Educación y Bellas Artes, doctor Joaquín Balaguer; y el Encargado de Negocios de Chile, Honorable Humberto Brañes Torres.

En otro lugar de esta edición insertamos el discurso leído por el doctor Carlos Federico Pérez y Pérez, Subsecretario de Estado de Relaciones Exteriores y Culto y profesor de la Facultad de Filosofía.

El señor Encargado de Negocios de Chile pronunció las siguientes palabras:

"En nombre de mi Patria deseo agradecer al Superior Gobierno de la República Dominicana; al señor Secretario de Estado de Educación y Bellas Artes; al señor Rector de esta, tantas veces centenaria Casa de Estudios; a las Instituciones científicas, literarias, Organismos Estatales y la intelectualidad dominicana, que en estos momentos y en este Templo de la Cultura, rinden homenaje al esclarecido bibliógrafo el historiador chileno don José Toribio Medina, con motivo de celebrarse hoy el Centenario de su nacimiento.

Nuestro historiador no consagró y circunscribió a Chile su magna obra literaria, sino también ella abarca a los países hermanos del Continente hispano y muy en especial a esta hermosa y acogedora tierra dominicana, a la que él contribuyó a su conocimiento con valiosos estudios históricos y numerosas e interesantes obras.

Como José Toribio Medina ha enaltecido el nombre de Chile a través de la América toda, es por ello que mi Patria rinde hoy, jubilosa, homenaje de gratitud al eminente investigador de las ciencias y de las letras.

Repito, pues, mi profundo reconocimiento a las esferas gubernativas e intelectuales dominicanas, que se han asociado y cooperado a la conmemoración de esta señalada fecha, al celebrar como propio este fausto acontecimiento, que bien pudiéramos darle carácter eminentemente continental, dada la trascendencia de su obra americanista, que cultivó en el campo de las ciencias, de la literatura y de la bibliografía.

Señores, muchas gracias".

Tanto el doctor Pérez como el señor Brañes fueron muy aplaudidos.

En la numerosa concurrencia que llenaba el Paraninfo de la Universidad figuraban muchos elementos de prestantia de nuestros círculos intelectuales y sociales.

DISCURSO DEL DR. CARLOS FEDERICO PEREZ Y PEREZ EN LA UNIVERSIDAD DE SANTO DOMINGO

Excelentísimo Señor Rector,
Señor Representante de la hermana República de Chile,
Señores Catedráticos,
Damas y Caballeros:

Es todavía punto discutible y lo será permanentemente, a nuestro juicio, el dilema de si la acción de los hombres determina la fisonomía de los hechos históricos o si, por el contrario, las fuerzas contenidas en aquellos son los que impulsan y definen la acción de los hombres, atribuyendo a éstos simplemente el papel de gestores de ideas y acontecimientos predeterminados por el desarrollo fatal de las cosas.

Es el dilema que pone frente a frente la personalidad y el medio, lo individual y lo mesológico, entendido también, desde luego, en el plano de lo espiritual.

Sean cuales fueren las razones que puedan aducirse en favor de uno y otro extremo, es lo cierto que hay hombres extraordinarios a quienes facultades pe-



culiares les permiten sobreponerse a las condiciones que parece el medio predeterminar, y quienes, no sufren menoscabo en la apreciación que merezcan en este sentido, aún cuando el examen detallado de los factores que les conformaron pueda significar el reconocimiento de la influencia del medio o de la época en que existieron.

Siempre sería cierto por lo menos que situaciones ambientales que pugnaban por hallar expresión no adquirieron vigencia sino al encontrar el vehículo apropiado por obra de esas personalidades privilegiadas.

Nos parece que no es aventurado afirmar que todavía está presente en las manifestaciones de la vida americana, como signo preponderante, de la improvisación y la línea del menor esfuerzo. Al tratarse de complejos sociales poco diferenciados, como corresponde a su etapa de inmadurez, los requerimientos de la laboriosidad, de la especialización, de la suficiencia, han de suplirse frecuentemente con sucedáneos de carácter emergente y por tanto improvisados. La requisitoria del complejo social no admite dilatorias y ha de satisfacerse a la medida de las posibilidades.

Valga decir que entendemos por improvisación no sólo el recurso novedoso que, en un momento dado, es puesto en práctica sin adecuación ponderada o más o menos aceptable, sino también el uso rutinario que se ajusta a una finalidad aunque no le corresponda apropiadamente.

En este sentido amplio el concepto que el término representa puede tener la faz vuelta hacia el pasado, por obra de la tradición anquilosada e ineficaz, o hacia el futuro, por la de adaptación vertiginosa e irreflexiva.

En el panorama americano, el primer tipo de improvisación pesará más en la vida colonial; después de la emancipación política, la primacía parece corresponder al segundo.

En una u otra forma, es el signo que de manera notoria influye en la vida de Hispanoamérica aún desde los mismos orígenes del albor maravilloso del 12 de octubre de 1492. En efecto, ¿qué mayor improvisación, en términos de las dimensiones geográficas, que la interposición de América en el camino emprendido por el gran descubridor hacia las indias fabulosas de las especias y los veneros de metales preciosos? Colón no aguardaba a América y el Nuevo Mundo se interpuso en su ruta con el resultado desconcertante de lo inesperado y lo prodigioso. No estaría fuera de lugar decir que América se improvisó en el trayecto de la historia al conjuro del golpe de genio del nauta descubridor.

Y más tarde, la hazaña mitológica de la con-

quista. Las energías de España se expanden a través del territorio inmenso con un cariz de empresa improvisada, de impulso dirigido apenas en lo que toca a la fe y a la autoridad del trono, pero librado en todo lo demás a la iniciativa particular, por lo común anárquica y disipada. El sometimiento de las dos grandes organizaciones políticas de los indígenas, de los imperios azteca e inca, son ejemplos elocuentes. El signo de improvisación está presente en sus orígenes y en su desarrollo. En este y en muchos otros casos no podría desde luego señalarse sino como testimonio de la misma grandeza de las hazañas llevadas a cabo, pero vale tenerlo en cuenta también para subrayar cualidades específicas del carácter hispano, que en buena parte recogerán las nacionalidades del Nuevo Mundo.

En verdad que al signo de lo improvisado no escapa ni la prodigiosa obra de estructuramiento y ordenación que, después del vendaval de la conquista, es la etapa colonizadora.

El vasto concierto político, jurídico, económico y social del inmenso imperio, si admirable como explicación teórica y legislativa, no escapará con el curso de los años al apremio de lo rutinario, de la recurrencia a la improvisación que casi siempre soslayaba, por virtud de la lejanía geográfica o por anacronismo, las finalidades de la norma estatuida y supuesta a ser fruto de madurez ponderativa y minuciosa.

Cuando después de la conquista la existencia colonial se afirma bajo el clima sedentario que es indispensable a la densificación de la vida social, en punto a esa flor de las comunidades civilizadas que es la cultura, cuyo ámbito nos interesa particularmente, campea también el signo de lo improvisado. En parte por la magnitud del esfuerzo cultural de España en América, en parte por circunstancias específicas de la cultura metropolitana, el apego a la rutina se hace al fin consustancial con las labores intelectuales. El empeño admirable que crea Colegios y Universidades desde temprano se ve paulatinamente reducido a límites estrechos, que extienden hasta América, tal vez si con más acusados relieves, las restricciones lamentables que impiden a España durante tanto tiempo seguir el ritmo del pensamiento y la ciencia europeos.

La tradición escolástica gravita sobre la actividad cultural en la América española todavía hasta muy entrado el siglo XVIII, permitiendo que se agosten, enredados en sus estériles sutilezas, las mejores facultades, aún aquellas que revisten indudables caracteres extraordinarios como Peralta Barnuevo en el Perú y Sigüenza y Góngora en México.

A ella se superpondrá después de la independencia el entusiasmo romántico basado primordialmente



en la inspiración, más que en el conocimiento ponderado, fruto de la inquisitoria tenaz y sistemática.

Frente a ese panorama en que sólo figuras solitarias desmienten la ausencia en el campo de la cultura americana, del fruto en sazón del esfuerzo pertinaz y disciplinado, cobrarán perfiles extraordinarios, casi en pugna con las orientaciones que de manera inevitable parecía diseñar el ambiente, las personalidades que, como la de don José Toribio Medina, realizan a partir de la segunda mitad del siglo XIX un esfuerzo intelectual de tal magnitud que no sólo supera cuanto se había hecho hasta entonces, sino que en ciertos aspectos iguala y aún desborda obras similares realizadas fuera del continente.

Gracias a la labor verdaderamente admirable de estas inteligencias privilegiadas, la cultura hispanoamericana recupera en parte el precioso tiempo perdido hasta entonces, y adquiere, en consecuencia, las bases necesarias para la etapa de autoconocimiento y valoración que parece ser inseparable del comienzo de la madurez.

Entre tales casos extraordinarios uno de los lineamientos más sobresalientes y definidos es el del ilustre polígrafo chileno a la conmemoración americana de cuyo primer centenario se une nuestra secular Universidad de Santo Domingo por este acto de recordación y reverencia.

No creemos, en efecto, que pueda hallarse en la historia de nuestra cultura otra existencia tan ahincadamente entregada a un mismo propósito, a un ideal permanente y fervorosamente acariciado, a una fe obedecida de manera invariable, como la de don José Toribio Medina.

Su nacimiento en Santiago de Chile, en 1852, tiene que señalarse como un suceso de primer orden para la cultura del Nuevo Mundo, pues estaba destinado a realizar en su beneficio una labor sin antecedente y probablemente sin sucesión, por lo que toca al campo de la bibliografía, de la ordenación documental, de la reconstrucción histórica y literaria, de la biografía, de la historia natural y de numerosos otros aspectos cuya cita sería prolija.

Toda la vasta obra de Medina, aquí suscitadamente indicada, e interrumpida sólo por la muerte, en 1930, se refiere casi de manera exclusiva al período colonial de la América española y cuando traspone los límites geográficos del continente, es para complementar con la trayectoria afín o con la fuente de origen, el panorama de lo americano.

Su labor se inicia en plena juventud y si se inclina en principio a faenas literarias y científicas, no tarda en verse atraído por otras más apropiadas a su temperamento de investigador paciente y erudito, inflexiblemente apasionado del dato exacto con base en

el documento o en la observación experimental, cualidades que le permitirán llevar a la cima, con minuciosidad de orfebre pero con aliento y latitud de gigante, una obra que, sin hipérbole, puede firmarse que coloca sobre sus espaldas los fundamentos indispensables del conocimiento de los tres siglos de vida colonial americana, sin dejar por ello de contribuir también en proporción inusitada al período de los descubrimientos y de las exploraciones subsecuentes.

Medina lleva a cabo sus tareas de investigador incansable a través de los archivos del continente americano y en Europa, extraerá sobre todo de los de España un aporte documental de primer orden por la importancia y la magnitud.

Los resultados de su afán infatigable se traducen principalmente en recopilaciones copiosísimas, con introducciones y notas del investigador, pero no ajenas a ellas, en proporción que por sí sola la haría notable, la obra de carácter creativo, como lo demuestran por ejemplo los trabajos de inapreciable valor sobre la vida de Alonso de Ercilla y de su inmortal poema *La Araucana*, indispensables para el conocimiento cabal del más grande épico de la lengua castellana y de su epopeya inmortal.

Cuando conocemos en términos numéricos el balance final de la ímproba gestión de este titán de las letras americanas no puede menos que sobrecogernos el estupor creado de incredulidad en sus primeros momentos. La cifra de 408 publicaciones, que incluye centenares de volúmenes, se equipara en punto a lo inusitado con la creación de 1,800 comedias que se atribuye a Lope de Vega. Pero, una vez que se conocen los múltiples aspectos que abarcan los trabajos de Medina, es fácil explicarse sus desmesuradas proporciones, puesto que a la variabilidad de los temas se une el cariz exhaustivo con que son tratados en proporciones continentales.

Lo que subsistirá siempre en nosotros, desde luego, con insobornable sentimiento de admiración, es el asombro de que menester de tan vastos alcances haya sido el producto de la actividad de un solo hombre. Por motivo tan justificado sin duda se comprende la calificación de mayor bibliógrafo de la cristiandad que se le ha atribuido.

Como de manera magistral lo ha puesto de relieve el erudito escritor chileno Guillermo Feliú Cruz, los trabajos de Medina son indispensables para el estudio y comprensión de los elementos y las circunstancias que, a través de la obra colonial sin paralelo realizada por España, cimentaron sobre bases incommovibles el sentido de unidad de los pueblos que integran la América de habla española, unidad que es patente desde las particularidades de carácter individual, hasta las manifestaciones institucionales



con relieves sobresalientes en el campo de la organización política, religiosa y cultural.

Así, el conocimiento minucioso que la producción de Medina nos permite obtener sobre descubridores y conquistadores, nos pone en contacto con el origen de muchas de las cualidades y defectos del hombre americano, que obedecen en realidad a notas caracteriológicas ancestrales. "Gracias a la obra de Medina, dice Feliú Cruz, vemos cómo esos caracteres son los que después se reproducen, con las mismas cualidades y defectos, en los pueblos creados por los conquistadores bajo el imperio de sus voluntades heroicas y se reproducen en la vida colonial del primer momento".

El mismo escritor subraya más adelante cómo el conocimiento de la Inquisición en América, por medio de uno de los renglones más importantes de la labor de Medina, que abarca nueve volúmenes, permitirá al historiador y al sociólogo desprender conclusiones sobre la fisonomía social hispanoamericana, en su formación histórica y moral. "¿No nos explica esta fe, vigilada por un tribunal político religioso, dice, la deformación del alma del criollo y del mestizo? ¿No nos da la clave de las dictaduras cruentas que han soplado sobre la organización social del continente? ¿No nos explica la incapacidad política de nuestros pueblos?".

La obra más vasta de Medina es de importancia capital para el conocimiento de la cultura en la América española y de la evolución de ese vehículo más que ninguno constitutivo de la unidad de los pueblos que la simiente fecunda sembrada por España ha hecho florecer en el Nuevo Mundo: la lengua castellana. En decenas de volúmenes, recogió la historia y la producción de la imprenta en América, desde que el primer impreso fué dado a luz en 1539, en México, hasta los años finales del dominio español. Obra de tal vastedad es esta que ella por sí sola ha suscitado reiteradamente la impresión de que es imposible que sea producto de la labor de un solo hombre. Gracias a un esfuerzo de tal magnitud, se dispone para el estudio de la cultura hispanoamericana desde su origen de un documento más completo, tal vez, que el que pueden ofrecer otros ámbitos culturales más evolucionados y de mayores recursos.

La investigación llevada a cabo por Medina fué tan minuciosa y exhaustiva que se ha observado que con las informaciones que aporta sobre la imprenta en América es posible obtener un cuadro sintético, pero completo, de toda la actividad social de Hispanoamérica durante la colonia, desde lo pertinente a lo puramente familiar hasta lo relacionado con la actividad pública en sus más diversas manifestaciones.

No es posible olvidar finalmente, como lo indica Feliú Cruz, el aporte de Medina al estudio de la evolución económica de la América española, mediante los ocho volúmenes que consagró a la numismática colonial del Nuevo Mundo.

Fuera de esos lineamientos generales de sus labores más importantes de alcance continental, restan porciones copiosísimas en que Medina hizo uso de su asombrosa capacidad para el trabajo en beneficio de materias concernientes a la literatura, la ciencia y la historia americanas y españolas, en cuanto éstas tuvieran que ver con América, aparte del esfuerzo considerable dedicado al enriquecimiento de la historia y las letras coloniales de su patria, la hermana república de Chile.

A la luz de cuanto hemos alcanzado a exponer hasta aquí es patente en don José Toribio Medina, pues, una conciencia continental de la historia y la cultura de los pueblos americanos a quienes une la comunidad de origen y desarrollos, fundamentada sobre un proceso de investigación de proporciones inigualables, que aporta siempre en su densa trayectoria la pertinencia del dato documental.

Ninguna de las demarcaciones del antiguo imperio español escapa al empeño del insigne polígrafo chileno y sobre esa proyección de totalidad, sin duda, puede fundarse con sentido positivo la fe en el destino común de nuestros pueblos, que continuamente halla expresión en su vida diaria, como lo acredita precisamente la conmemoración continental del centenario del nacimiento de Medina, al cual se adhiere la más antigua Universidad de América mediante el acto a que asistimos.

Pero si del examen suscito de su obra se define su perfil americanista, con nítidos timbres, no es menos interesante comprobar, nos parece, el carácter de excepcionalidad que ella reviste dentro del panorama de la cultura americana y hasta qué punto ejemplariza un momento de la evolución de aquella.

¿Qué clase de intelectual era éste, ajeno a la imprecisión de las conclusiones generalizadas, frecuentemente gratuitas; que parecía huir del brillo de la palabra y del deslumbramiento de la frase, prefiriendo el término escueto, pero exacto; que hallaba inextinguible fruición en refugiarse en el conocimiento documental del detalle; que optaba, en fin, por la relativa opacidad de la labor silenciosa, pero nutrida, en vez de pretender el triunfo fácil aunque de mayor rendimiento inmediato?

¿Qué clase de intelectual era éste que, frente al signo de improvisación y transitoriedad de la cultura hispanoamericana, levanta el emblema de la labor sistematizada, del esfuerzo tenaz, de la sus-



tanciación lenta, con frecuencia árida, pero a la larga fecunda y permanente?

Adelantemos ante todo que es Medina ejemplo gallardo de la serie de personalidades hispanoamericanas que tras el período de inquietudes y desasosiegos subsiguientes a las luchas de la emancipación, encarnan el proceso de cimentar la existencia política, económica y cultural de los pueblos advenidos a la vida independiente, proceso que puede extenderse hasta los finales del siglo pasado, y cuyos gestores han sido clasificados con toda justicia como verdaderos próceres civiles, en contraposición a los caudillos militares cuya ejecutoria en el campo de batalla erradicó el dominio político de la antigua metrópolis.

En este sentido Medina cumple a perfección un cometido magistral al contribuir de manera sustantiva a la creación de una conciencia histórica americana precisamente con referencia al período que es almáciga ubérrima de los elementos que los pueblos americanos, en el devenir de su historia contemporánea, desenvuelven y concretan en forma peculiares de vida.

Con ser tan interesante no es el juicio sobre esta materia, sin embargo, el que puede conducir a la determinación de los caracteres intelectuales del gran polígrafo chileno dentro del proceso de la cultura de la América española, habitualmente sujeto, después de la independencia, a potestades del más diverso origen y por tanto casi siempre de definiciones precarias.

En ese proceso de definiciones escasas, pero accidentado por eso mismo, el instante en que se ubica la acción de Medina es sin duda el que subsigue a los entusiasmos propios del soplo romántico que, como aliento vital, impulsa de manera preponderante la vida de la cultura en la América española inmediatamente después de la independencia.

Adaptado de manera admirable a la idiosincrasia de los hispanoamericanos, y a las condiciones de su ambiente, el romanticismo como complejo de cultura alentó una respuesta teórica, endeble y carente de fundamento, a muchos de los dilemas que a la corriente del pensamiento intelectual plantearon los desarrollos políticos y sociales del ideal emancipador en Hispanoamérica. Se ajustaba apropiadamente al sentido nacionalista y liberal de la organización política recién definida y fué base para el diseño de una cultura autóctona que, apartándose de la idea de una interpenetración y equilibrio armónico de elementos preexistentes, tendía más bien a improvisar un nuevo complejo basado en los caracteres específicos aparentes del medio y en armonía con la fe individualista del romanticismo,

En medida muy amplia aquel propósito se solidarizaba por lo pronto con el repudio del pasado colonial, contrapartida odiosa para el estado de espíritu posterior a la lucha independentista, y desde luego que con el signo de la improvisación y del menor esfuerzo propio del ambiente.

Podríamos decir que había, pues, factores concurrentes para el arraigo de la postura romántica, y a juzgar por lo que el conocimiento histórico de aquel momento nos depara, parece se podría dar fe de la actuación eficaz de los mismos.

Que se afirma la tendencia a la improvisación no es de extrañar por tanto, y precisamente no es el menor testimonio de ello la decisión con que la actividad de la cultura en Hispanoamérica se vuelve de espaldas, en medida muy apreciable y estimulada por el clima político, al acervo de la vida colonial y de la comunión hispánica, que sin embargo yacían como influjos ineluctables en el transfondo inmenso de un pasado de tres siglos.

Por la voz de los jóvenes, sobre todo, creyeron los hispanoamericanos en la posibilidad de una vida nueva, gracias al sortilegio de formulaciones teóricas regularmente alejadas de la realidad y aún en pugna con ella, y no es de extrañar, por consiguiente, que el sentimentalismo romántico sirviera pronto para dar salida a los amargos sinsabores del desengaño en vez de continuar como cauce de los entusiasmos del optimismo.

En medida relativa ocurrió lo propio en todo el ámbito de la cultura de occidente, y dentro del juego de acciones y reacciones, de flujos y reflujos que constituyen la nota más acusada de su desarrollo, no es extraño que la postura romántica de elucubraciones mentales y emocionales sin base en la realidad tuviera como secuencia otra atenta a lo real, al dato fidedigno, al razonamiento escueto, al examen pormenorizado, como requisitos para la conclusión ponderativa ajustada a las condiciones y a la naturaleza del objeto y esto, en mayor o menor escala, es pasible de la denominación teórica de positivismo.

Esta será actitud que, en una u otra forma alentarán en las últimas décadas del siglo XIX a los prohombres de la organización de los estados americanos para los menesteres de la vida política, del desarrollo económico, del desenvolvimiento de la educación, de los requerimientos de la alta cultura y, en fin, para todos los aspectos que aparecían como indispensables para elevar las realidades del medio americano de manera que pudieran adecuarse a las finalidades contempladas en la lucha por la independencia política.

No es, desde luego, que a todos y a cada uno de los próceres civiles hispanoamericanos del fecundo



período de organización de la segunda mitad del siglo XIX pueda calificársele, en punto a ideología, como positivista en el sentido estricto que el término comporta, como es el caso por ejemplo de Gabino Barrera en México, sino que puede atribuirse al panorama general de la cultura en Hispanoamérica en aquel momento, por obra de sus personalidades sobresalientes, una acentuada atención hacia la realidad social, con miras a la adopción de las medidas necesarias para corregir sus deficiencias, hechas patentes de manera trágica muchas veces, en el contraste entre el ideal teórico de la emancipación y la imposibilidad de concretarlo.

El complejo de ideas que anima esta actitud es de manera predominante, desde luego, el de la filosofía positivista, pero ello no implica en modo alguno la fidelidad absoluta a todos sus postulados ni mucho menos que otras corrientes del pensamiento, algunas tradicionales, algunas nuevas, no concurren igualmente a la formulación de este período, y aún más, que hasta quienes puedan considerarse representativos de convicciones antipositivistas, cual ocurre con el humanismo cristiano tradicional, dejen de coincidir en la ponderación racionalista de la realidad americana, en miras de su indispensable perfeccionamiento.

Las superaciones del positivismo, muy fundamentalmente, han tenido una serie de cargos que enrostrar a éste, pero parece haberse hecho de uso corriente que con las acusaciones justificadas se olvide o menosprecie el papel que la tendencia cumple dentro de la evolución general del pensamiento de Occidente.

El positivismo es la culminación del complejo racional aplicado a la naturaleza que adquiere cada vez mayor ascendencia a partir del Renacimiento y a ese complejo hay que atribuir, sin duda, el fundamento de muchas de las asombrosas conquistas que, en el campo del progreso material y espiritual, ha hecho posible la civilización que actualmente vivimos y la cual, a pesar de sus tremendas inconsecuencias y caídas, es la ofrenda más opulenta del espíritu humano al tránsito demolidor de las edades.

La falta capital del positivismo como doctrina filosófica fué su pretensión de encerrar en los límites depauperados de la realidad el tremendo impulso trascendente del espíritu y, en este aspecto, se situó en el extremo contrario de las filosofías espiritualistas, incurriendo sin duda en error similar al de ellas.

Al negar lo metafísico, el positivismo pretende utilizar el procedimiento racional aplicado al mundo sensible como base para el conocimiento (pues el desconocimiento implica también conocimiento en

sentido negativo) de lo que no es ya del dominio de lo sensible.

Las filosofías espiritualistas, por el contrario, han pretendido siempre aplicar el conocimiento de lo metafísico a la explicación de la esfera de la realidad sensible, que por eso se les escapa en la infinita matización de sus detalles.

Si la pretensión positivista carece en absoluto de todo fundamento no es suficiente esa circunstancia, sin embargo, para restarle importancia a su cometido funcional en la evolución del pensamiento y la cultura del hombre civilizado, como lo prueba el hecho de que en parte conserve su vigencia liberado de sus absurdas pretensiones metafísicas.

En lo que concierne a Hispanoamérica, ese cometido cobra especial significación, por las condiciones peculiares de su desarrollo cultural, dentro del cual se quiebra por vez primera en forma consistente, durante la segunda mitad del siglo XIX, la línea invariable de lo improvisado y del menor esfuerzo.

El proceso de sustanciación racional que ineludiblemente tiene que cumplir la cultura hispanoamericana se hallaría aún en mayor retraso y desamparo si no hubiera sido por el impulso organizador, de ponderación sistemática y minuciosa, hasta donde era posible, que se lleva a cabo en la segunda mitad del siglo pasado, bajo una postura predominantemente influida por el positivismo.

Por la inquisitoria tenaz sobre la realidad americana, sobre sus contenidos, sobre sus antecedentes y desenvolvimientos, sobre su habilitación por medio de la cultura y el raciocinio para elevadas finalidades, la América española no disponía de recursos adecuados ni en la tradición remota ni inmediata de su proceso intelectual.

Ni el escolasticismo colonial, ya irremediablemente anacrónico, ni el humanismo cristiano dentro de sus fines privativos de evangelización, ni mucho menos el idealismo, correspondencia filosófica del romanticismo, podían, nos parece, aportar en ese período de tanta importancia para el desarrollo de las nacionalidades americanas, el elemento dinámico indispensable a la concreción efectiva de las exigencias del proceso histórico hispanoamericano.

Tal vez estos pensamientos arrojan luz para atribuir sus verdaderas dimensiones al sentido positivista que, en una u otra forma, pocas veces como designio definido, se advierte en el pensamiento y en la acción de los grandes gestores de la cultura de Hispanoamérica durante los últimos cincuenta años del siglo XIX.

Tal vez asimismo comprendamos por tales consideraciones, cómo don José Toribio Medina, sin que sea necesario recurrir a la definición de su pos-



tura ideológica, conjuga de manera admirable por virtud de su obra prodigiosa el imperativo de su época con sus extraordinarias facultades personales, de manera que gracias a éstas adquiere expresión en buena parte una etapa de valor inestimable para el esperado alumbramiento de lo que será una cultura hispanoamericana.

Por sobre el fútil e irreflexivo menosprecio del pasado colonial por la América recién emancipada, persistente hasta su época y aún después, el ilustre polígrafo chileno se adentró, con aliento titánico, por entre las brumas silenciosas que el olvido había arrojado sobre aquel período y extrae de allí los elementos de juicio, las piezas de convicción, de una estrecha e irreductible comunidad de vida, de pensamiento, de hábitos, de cualidades y defectos, de los pueblos de la América española que el pasado vinculó en un mismo haz maternal como garantía de una madurez solidaria y esplendorosa.

¡Qué contribución tan magnificente para conocer la realidad americana, ésta, mediante la cual don José Toribio Medina muestra los cimientos mismos del espléndido edificio que el genio y la tenacidad españoles legaron a la cultura de Occidente, en función de su destino universal!

Por ejecutoria tan brillante, rinde América al hijo insigne de Chile sus más altos galardones, y los testimonios de su más acendrada veneración, al cumplirse el primer centenario de su nacimiento.

He dicho.

LA SEXTA REUNION PANAMERICANA DE CONSULTA SOBRE CARTOGRAFIA Y EL CENTENARIO DE MEDINA

Del 12 al 24 de Octubre del año en curso se reunió en esta Capital, en la Ciudad Universitaria, la VI Reunión Panamericana de Consulta sobre Cartografía, conferencia especializada interamericana promovida por la Comisión de Cartografía del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, a la cual asistieron delegados oficiales de todos los países americanos, inclusive del Canadá, y observadores de varias naciones europeas. En la sesión plenaria celebrada en el aula magna de la Universidad de Santo Domingo el día 20, le fué rendido un homenaje al sabio bibliógrafo chileno don José Toribio Medina, por el referido congreso panamericano, en virtud de una iniciativa surgida en la Conferencia de Geografía

e Historia celebrada en Washington, atendiendo a que la gloriosa fecha coincidía con la reunión de la VI Conferencia Cartográfica. Así lo expresó el doctor Simompietri, Secretario de la Comisión, manifestando además que los señores doctor Vetilio Alfau Durán e Ingeniero Salvador Fernández, habían recibido comisión para ello. Inmediatamente después de las palabras del doctor Simompietri, el delegado de la República Dominicana, doctor Alfau Durán, ocupó la tribuna y pronunció un discurso acerca de la vida de Medina destacando su fecunda y noble labor americanista como historiador, como bibliógrafo y como literato, haciendo mención de su aportación al estudio de la cartografía chilena y americana.

El presidente de la delegación de Chile, Comandante de Escuadrilla Vicente Acuña F., agradeció "muy profundamente las hermosas palabras que como prueba de afecto y de hermandad americana había ofrecido el delegado de la República Dominicana, doctor Alfau Durán, para el glorioso hijo de América, ya que no había duda de que este homenaje estrecharía más firmemente los lazos de la unidad del Continente y que no tenía palabras con que agradecer en su propio nombre y en el de su país, el magnífico discurso que había escuchado del delegado de la República Dominicana."

También el presidente de la delegación de Honduras, Coronel José Augusto Padilla Vega, "expuso que él también deseaba unir sus felicitaciones a las del señor Representante de Chile por la magnífica disertación histórica que acababa de hacer el delegado de la República Dominicana, en relación con la celebración del centenario del sabio hijo de Chile y que su país estaba representado en este momento en la patria de Medina por el distinguido historiador y notable escritor hondureño doctor Rafael Heliodoro Valle".

Cuando hubo terminado de hablar el presidente de la delegación hondureña, el General de Brigada Miguel A. Sánchez Lamego, presidente de la delegación de México, y quien ocupaba la presidencia de la Segunda Sesión Plenaria de la Conferencia, "propuso enviar un telegrama al Gobierno de Chile, a fin de felicitarlo con motivo del centenario de tan ilustre hijo e invitó a la mesa a que levantaran la mano como aceptación de lo propuesto. Todos levantaron la mano." (Boletín de la Segunda Sesión Plenaria celebrada en el aula magna de la Universidad de Santo Domingo el día 20 de Octubre, 1952. Doc. No. 89).

